

CONCIENCIA MORAL Y SUPERVIVENCIA*MORAL CONSCIENCE AND SURVIVAL*

José Corral. Directivo de banca. Jubilado

Recibido: 25-5-2016

Aceptado: 28-9-2016

Resumen: Se contempla la conciencia moral desde las ideas del autor sobre supervivencia.

Idea básica: Nuestra especie tiene el imperativo vital de supervivir. La segunda idea es que el altruismo amplio ha sido el principal elemento utilizado para intentarlo. La tercera es que de las anteriores se deduce un principio ético universal: *Es bueno/mejor lo que sea bueno/mejor para la supervivencia de la especie.*

La conciencia moral es la capacidad necesaria para vivir en sociedad. El imperativo vital es a la vez la causa eficiente y final de la conciencia moral. El principio ético universal sirve de norma a la conciencia moral para juzgar el bien y el mal.

Palabras clave: Conciencia, especie, supervivencia, altruismo, imperativo, vital, ética, universal.

Abstract: The idea of conscience is reviewed from the author's ideas about survival.

Basic idea: Our species has the vital imperative of surviving. The second idea is that broad altruism has been the main element used to achieve it. The third is that from the previous ideas emanates a universal ethical principle: *It's good/better what is good/better for the survival of the species.*

Conscience is a necessary capacity for people to live in society. The vital imperative is both efficient and final cause of moral conscience. The universal ethical principle allows conscience to separate good from evil.

Keywords: Conscience, species, survival, altruism, imperative, vital, ethical, universal.

Introducción

Han señalado diferentes especialistas que la conciencia no solamente es y sigue siendo un misterio sino que es un término polisémico y ambiguo. Tienen razón. Y no solamente la tienen

en el espacio, sino también en el tiempo. El DRAE ha modificado en cada edición el contenido de la entrada del término *conciencia*. Lo cual dice mucho del trabajo de la Academia y de la volatilidad de la palabra. Llamo la atención sobre esta característica de la idea *conciencia* porque, en mi opinión de profano, es uno de los problemas que posiblemente dificultan el hablar sobre este importante asunto. Cada uno habla de conciencias distintas. Y en otros casos se despieza tanto el contenido de la posible conciencia que dejan de tener sentido las partes y el posible todo.

En cualquier caso, me ha parecido que la atención de los estudiosos se pone en lo que dice la acepción 1ª de la edición 22ª, de 2001, del DRAE: “*Propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta*”. Al menos en lo que he leído de filósofos, se pone el énfasis en la capacidad simbólica y autocontemplativa de la conciencia. Es decir, parece que se tiende a considerar la conciencia como la capacidad de *conocer-se* más que la de *juzgar*. También parece que el mayor interés consiste en intentar saber qué es la conciencia: si es solamente humana, cómo funciona, cuál es su contenido, dónde reside, sus patologías,...

Digo todo lo anterior porque yo no voy a cuestionarme *qué* es la conciencia, cuál es su esencia, etc. Voy a mirar la conciencia con una visión de banquero, teleológica y utilitarista. Me preguntaré ¿la conciencia para qué? ¿cuál es su objetivo?

Escolio: También sigo el consejo que aparece en Mat. 7.20: “...por sus frutos los conoceréis”.

Adelanto mi respuesta: la conciencia es un medio para supervivir. Sirve para ayudar a supervivir a las especies que la tienen. La respuesta, así expresada, no es original mía. Aunque pocos se hacen la pregunta, he leído la respuesta en otros escritos. Damasio tampoco hace la pregunta pero trata de ello en *Y el cerebro creó al hombre* (2010, 399). Dice entre otras muchas cosas: “... la conciencia...ha contribuido significativamente a la supervivencia de las especies que disponían de ella”.

Escolio: Como otros, Damasio no dice que esa contribución sea “el” objetivo de la conciencia. Lo dice para significar que la conciencia “se impuso en la evolución”. Como una capacidad para dar importancia a la conciencia. Que la tiene. Pero mi pregunta no es si la conciencia es importante, que ya sabemos que lo es, sino cuál es su objeto final, el prioritario. Aquel por el que surgió. Creo que el matiz es muy importante. Fin del escolio.

Aunque, como digo, esta respuesta no es original, sí es nuevo intentar verla a la luz de mis ideas sobre supervivencia. Para ello tengo que enunciar estas ideas y luego comentar lo que, a partir de ellas, podemos ver de la parte explicable de la conciencia, especialmente de la

moral.

Mis ideas sobre supervivencia

Las enuncio a continuación. Y creo necesario resumir luego su historia y añadir algunas notas sobre sus aspectos más significativos. Las ideas son nuevas en lo que conozco y aunque son y parecen obvias, son complejas en su contenido y aplicaciones. En su versión reducida pueden quedar como sigue:

La idea básica: *Como todas las especies conocidas, la nuestra, Homo sapiens sapiens, tiene el objetivo vital prioritario de supervivir y el imperativo de intentarlo. Salvo error de copiado, este imperativo está implícito en todos los individuos de la especie.*

La segunda idea es que, siendo la nuestra una especie social, *el altruismo grupal amplio (instintivo, recíproco, gratuito, oneroso, egoísta, puro...), ha sido y es el más eficiente y eficaz método para intentar la supervivencia de la especie.*

La tercera idea es que, de las anteriores, puede deducirse un *principio ético universal* que diga, poco más o menos: *Es bueno/mejor lo que sea bueno/mejor para la supervivencia de la especie.*

Historia y petición: Descubrí la idea básica de forma intuitiva. No era mi oficio buscarla. Vino a mí y la desarrollé en una nota de diez páginas en setiembre del año 2000. Y me extrañé mucho de que, siendo para mí una idea importantísima, no estuviera ya vista, explicitada y difundida.

Desde entonces hasta el 2013 me dediqué a buscar información. Por si alguien la hubiera visto y dicho. Y para documentarme en las materias relacionadas. No encontré a nadie que hubiera reparado en estas ideas. En 2013 empecé a escribir notas sobre mis principales lecturas. Y después de un primer ensayo, en diciembre de 2015 edité una *cosa* de 367 páginas con el título de “*Supervivir. Ideas para una ética universal*”. Encargué una tirada de 200 ejemplares que me quedé completa y que he ido entregando, uno a uno, para intentar contrastar las principales cuestiones desarrolladas. Hasta ahora no he tenido ninguna refutación. He aclarado todas las dudas y reparos que me han planteado. Pero no he tenido confirmación plena de las tres ideas a la vez. Puede ser por la multidisciplinariedad necesaria para ello. O no están bien expuestas. O no son ciertas a pesar de lo evidentes que a mí me parecen. Es lo que trato de averiguar.

En estos días de noviembre de 2016 acabo de editar un resumen de estas ideas en un formato más reducido de 117 páginas bajo el título de “*Supervivir amando. Un principio ético universal*”. Con la intención de llegar a más personas expertas que puedan ayudar a

contrastarlas. También lo estoy traduciendo para editarlo en inglés según recomienda Mayr (2016, 123).

Este artículo forma parte de la historia de estas ideas y también es parte del método de verificarlas. Por ello ruego a los lectores capacitados que tengan interés en ellas, las analicen con ojos críticos y que, si tienen tiempo humor y ganas, me hagan llegar su opinión. Supongo que mi petición es atípica, pero no tengo acceso directo fácil a personas expertas que me puedan ayudar en esta tarea de contraste y difusión. Tarea que entiendo es propia de la Universidad y sus miembros. A quienes agradezco muchísimo, tanto la publicación de este artículo, como su lectura y comentario.

Algunas notas ampliatorias.

La idea básica se justifica empíricamente por causación histórica como parece que se considera adecuado para este tipo de hipótesis. Según nos dice la ciencia más actual, todas las especies conocidas han intentado e intentan *prioritariamente* vivir y pervivir, es decir, supervivir. Para ello todas, y cada una, han adoptado distintas estrategias y métodos. Este comportamiento uniforme permite deducir que, en las especies, existe esa finalidad común y prioritaria de intentar supervivir.

Esta hipótesis es falsable en el sentido de Popper, ya que, pudiendo haberlo, no ha existido ni existe ningún caso que la refute. Y por lo que sabemos, la *Homo sapiens sapiens* es, al menos en este nivel, una especie más de seres vivos y como tal tiene también el mismo imperativo, vital y prioritario, de supervivir. Sin perjuicio de que, además, pueda tener otros objetivos *superiores* o trascendentes.

Creo que una de las causas de no haber *visto* estas ideas por los sociobiólogos es haber confundido el objetivo de supervivir con el del método usado para intentarlo: la evolución y su progreso. De ahí la falacia naturalista que aceptan cometer (Ruse 2007:217). Otra de las causas es el no considerar a la especie como sujeto evolutivo (Wilson 2012: 73). Error ya corregido por otros expertos (Dobzhansky 2009:133; Gould 2004: 50-95-625 a 772).

Por su parte, los filósofos *trabajan* normalmente con personas individuales. Para ellos la especie es una suma de personas que se puede considerar como *universorum* y no como *singulorum* (Kant 1941:95). Y el fin o causa final que buscan es el individual y trascendente. No el material o de supervivencia de la especie que dan, o daban, por supuesto, o no les importa. Y también ha podido influir en este *no ver* de los filósofos la *rémora* del idealismo (K. Lorenz 1979, 24-30)

Los teólogos de la Comisión Teológica Internacional, siguiendo a Santo Tomás,

consideran que el hombre tiene tres *inclinaciones*: primera su propia supervivencia, segunda la de la especie, y tercera vivir en sociedad y buscar la verdad y a Dios. Admiten la supervivencia de la especie pero como la segunda de tres, después de la individual. Y como *inclinación*, no como el objetivo prioritario. No se cuestionan la posibilidad de la no-supervivencia física. Y por ello no la relacionan con el mandato a los seres vivos, incluido el hombre, de Gn 1, 22-28: “*Creced y multiplicaos...*” (T. Trigo 2010: 53-55).

Uno de los problemas que me he encontrado cuando he hablado de mis ideas con expertos, especialmente filósofos puros, ha sido su especialización. Por eso ruego a mis lectores especialistas que intenten verlas primero con sus saberes generales. Antes de aplicar sus conocimientos especializados, que también.

En cuanto al altruismo ha sido reconocido como un método *eficiente* de convivencia, tanto por filósofos como por sociobiólogos. Pero los que lo han visto no han acertado con su origen. Y lo han considerado de distintas formas: Como *ayuda mutua* en Kropotkin (1977: 39). Como *simpatía* en Darwin (2009: 109). Como *ágape o amor fraterno* por muchos filósofos y teólogos. Algunos biólogos lo ven como *eusocialidad* (Wilson, 2012:31). De Waal (2007: 223) enumera varias formas de altruismo animal y humano. El DRAE lo definiría bastante bien, si pusiese un punto, o un punto y coma, en mitad de la frase: “*Diligencia en procurar el bien ajeno (. o ;) aun a costa del propio*”. O podría quitar la segunda parte. Y todo el mundo acepta y entiende el altruismo/amor materno y familiar. Incluso tras el error de Dawkins (2002: 115) y su teoría del altruismo/egoísta de los genes.

Pero no he visto que alguien se haya dado cuenta de que la eusocialidad de los himenópteros, la reciprocidad de los primates, la simpatía, el ágape, el amor materno y fraternal,... son la misma cosa. Y tienen el mismo origen vital. Y el mismo objetivo. Es el elemento común, prioritario, eficiente, y *sobre todo eficaz*, que las especies sociales han utilizado y utilizan para intentar supervivir. Cada una de ellas en la modalidad o modalidades que han sido más convenientes a sus *naturalezas* físicas y culturales. Y a las de sus circunstancias y entornos. La nuestra utiliza todas las modalidades: unas heredadas y otras adquiridas como especie especial. No confundir este altruismo/amor con el *amor-deseo* que forma parte de la estrategia de selección sexual de algunas especies, entre ellas la nuestra. (Darwin 1989: 194 a 509).

Tampoco los teólogos se han dado cuenta cabal de que el mandato prioritario de Jesús: “*que os améis los unos a los otros*“, coincide con el altruismo de la ley natural. Y que es Jesús el primero que explicita el concepto de humanidad fraterna frente a la división anterior en pueblos y naciones (Ratzinger 2011:30). Y que confirma la ley natural y del Antiguo

Testamento a las criaturas de la *Homo sapiens sapiens*. Y confirma también al género humano, al Hombre en su conjunto, como sujeto o colectivo con un principio ético universal. Y común para todos sus individuos en todos los tiempos de su historia.

El principio ético universal. Si, como creo, las ideas anteriores son ciertas y verdaderas, se deduce de ellas un principio ético universal. Que ha estado y está operando implícitamente, como norma básica, en los juicios de las conciencias morales individuales. Como he dicho, este principio puede enunciarse como sigue: *Es bueno, o mejor, lo que sea bueno, o mejor, para la supervivencia de la especie.*

Conciencia y supervivencia

No voy a intentar explicar la conciencia, entre otras cosas porque no sabría hacerlo. Pero, dadas sus muchas acepciones, creo conveniente situar el concepto según el uso que voy a darle.

En la edición 22ª, de 2001, figura como 1ª acepción la citada en la introducción. Y como 2ª: “*Conocimiento interior del bien y del mal*”, donde no lo refiere expresamente a las personas. Sin embargo en la última edición, la 23ª de 2015, esta función de conocer el bien y el mal pasa a ser la 1ª acepción y se desarrolla ampliamente: 1. “*Conocimiento del bien y del mal que permite a la persona enjuiciar moralmente la realidad y los actos, especialmente los propios*”.

También creo interesante recordar la definición de instinto según el DRAE. *Instinto*: “*Conjunto de pautas de reacción que, en los animales, contribuyen a la conservación de la vida del individuo y de la especie*”. Y pone como ejemplo: *Instinto reproductor*. Parece que la conciencia empieza donde termina el instinto. También en el hombre.

Por lo que conozco, hay bastante acuerdo en describir la conciencia como lo hace el profesor Álvarez Munárriz: “*Generalmente se entiende como una capacidad global de la mente humana que nos proporciona un saber acerca de nosotros mismos y de nuestra situación en el mundo*” (2005:11). Si se añade lo citado en el DRAE sobre el conocimiento del bien y el mal, y su uso, tendríamos una conciencia bastante completa.

Y estoy de acuerdo con lo escrito en Álvarez Munárriz (2005,67): “*hay diferentes niveles de conciencia. El más simple lo tienen también los animales y se trata de la capacidad de ser consciente de sus propios sentimientos, pensamientos, acciones*”. Por el contexto se entiende que esta capacidad que se cita, en los animales es máxima. Por ello añado que también en los animales hay diferentes niveles de conciencia. P. e.: entre las amebas y los

perros domésticos. Y creo que tienen distintas capacidades de juicio sobre comportamientos buenos y malos.

Esta idea de admitir que los animales tienen algún tipo de conciencia no supone igualar a los animales con el hombre. La conciencia del hombre parece claramente distinta a la de los animales más cercanos. También sobre esta idea existe mucha literatura y discrepancias entre materialistas y espiritualistas. Ver “*La conciencia inexplicada*”, (Arana: 2015).

Puede haber también diferencias y recelos entre los creyentes y no creyentes. Para los primeros, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y es por ello un ser de diferente naturaleza que los animales. Y por lo mismo es diferente al concepto de hombre *natural* que tienen los no creyentes. Las conciencias también serían diferentes. Para resolver este problema recurriré a Monseñor Luis F. Ladaria, S.I., Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, quien en su excelente trabajo sobre antropología teológica dice: “*El hombre es una criatura entre las criaturas*”. Y más adelante: “... nuestra '*naturaleza*' o condición creatural ... sería lo que quedaría después de haber quitado mentalmente lo que en nosotros procede de la elevación sobrenatural. K. Rhaner ha hablado en este contexto de la naturaleza como '*concepto residual*'” (Ladaria: 2011, 41-103). La conciencia creatural de los creyentes, homologable con la de los no creyentes, sería esta *conciencia residual*.

Tendríamos pues tres tipos de conciencias: las de los animales, las del hombre *natural* y las del hombre a imagen y semejanza de Dios homologable para algunos usos. He hecho esta clasificación para evitar malos entendidos. Aunque a los efectos de mis ideas básicas no influyen estas diferencias. Todas las conciencias son iguales para la aplicación del imperativo vital prioritario y el altruismo amplio. Las normas o leyes *naturales* son, por definición, las mismas para creyentes y no creyentes. La diferencia estaría en la *Agencia*. Pero esa es otra cuestión.

Esta universalidad es una de las *ventajas* de mis ideas: que además de ser, como creo, ciertas y verdaderas, son aceptables por unos y otros. Y políticamente correctas y útiles para todos. Y también comunes sin excepciones para todos los seres vivos, como corresponde a unas leyes naturales básicas. Las normas por las que se rigen los individuos de cada especie son distintas para cada especie. Y dentro de cada especie puede haber normas distintas para diferentes grupos o colectivos. Pero las normas básicas implícitas de nuestra especie son universales y comunes.

En cuanto al origen e historia de la conciencia también se ha escrito mucho. No sé si Damasio es un buen científico, pero sí parece un buen divulgador. Y en la obra que se cita

(2010: 52-53) dice, entre otras cosas, que la conciencia surge dentro de la historia de la homeostasis o proceso de regulación biológica. Se inicia con criaturas unicelulares como la ameba, sigue en individuos con cerebros sencillos como los gusanos, prosigue en individuos capaces de generar comportamientos y una mente como los insectos y los peces. Cuando los cerebros empiezan a generar sentimientos primordiales, los organismos adquieren una primitiva forma de *senciencia*. Y con ello desarrollan un *sí mismo*. Dice que los reptiles son un ejemplo de este proceso. Y mejor las aves y los mamíferos. El ser humano tiene un *sí mismo* central y un *sí mismo* autobiográfico que permitió utilizar parte del funcionamiento de nuestra mente para controlar el de las demás partes.

Podemos aceptar la explicación de Damasio para la historia de la conciencia animal. Para la del hombre me parece interesante recurrir a Ortega (1961: 88), quien después de quejarse del poco rigor de los sociólogos y de declararse ignorante en materia de sociología, se ve obligado a ponerse a pensar en la capacidad del hombre de meterse dentro de sí, de tener un *sí mismo*, capacidad que lo diferencia de los otros seres vivos. Resumo y casi cito:

Los animales viven en permanente alteración, pendientes de su entorno y actúan y reaccionan en función de lo externo, no pueden concentrarse. El prehombre, también lleva mucho tiempo así, pero en un momento (*que yo voy a llamar A*) de enérgico esfuerzo, consigue aislarse y verse a *sí mismo*. Y desde ese *sí mismo* ve las cosas y su posible cambio. Y sale de *sí* y hace lo que ha pensado. Y ve y juzga el resultado. Y vuelve a meterse en *sí mismo*. Y repite el ver, el planificar y el actuar. Ya no sólo reaccionando al ambiente sino según ha pensado, previsto, valorado y decidido su *sí mismo*. Dice Ortega luego que el destino del hombre es primariamente acción. Y que no vivimos para pensar, sino al revés: pensamos (*y juzgamos “concienzudamente”*) para intentar pervivir. (*las cursivas entre paréntesis mías*).

Según esta historia, el prehombre, como el resto de los animales *superiores*, actuaba, hasta ese momento *A*, con tres capacidades: la operativa que regula su parte material, las pautas de reacción *instintivas* propias de cada especie y grupo, y una mini conciencia operativa que le permitía juzgar y decidir algunas pocas acciones que estaban dentro de su pequeña libertad de valorar y hacer. Y todo lo que hacía era bueno ya que estaba de acuerdo con las normas básicas universales y las heredadas de su especie. Incluso era bueno el castigo del grupo si trasgredía sus normas. Es lo que parece que sigue ocurriendo actualmente en las especies sociales de animales *superiores*.

A partir de ese primer ensimismamiento, el prehombre se hace hombre y es capaz de juzgar, desde su *sí mismo*, si lo que hace está dentro de las normas heredadas y de las

adquiridas de su grupo. Y se da cuenta de que puede actuar de distintas maneras y que unas producen mejores resultados que otras. Este darse cuenta de nuevas posibilidades amplía su libertad y le permite cambiar el entorno y apreciar si las normas heredadas y de su grupo son operativamente buenas o malas. Y hace cosas que según las normas vigentes no son buenas, pero resultan más eficaces para sus propósitos, o le resultan placenteras.

Algunas de estas cosas que va haciendo se convierten en usos y costumbres implícitas del grupo. Y algunas pasan a ser normas morales explícitas. Con lo cual el hombre tiene que juzgar con dos tipos de normas éticas: las implícitas propias heredadas o asumidas, y las explícitas: usos, leyes, mandamientos, etc., que rigen en su entorno en cada momento. La conciencia de cada individuo tiene que tener en cuenta su ética implícita y las normas y leyes externas. Y en cada momento, tanto la ética implícita como las leyes externas pueden estar equivocadas. Lo cual crea distorsiones a los individuos capaces de *ver* estos posibles errores y *prever* sus consecuencias. Y actúan intentando corregirlos. Y así se mejoran las normas explícitas. Y se reajustan en el tiempo, con el uso repetido e interactivo, las conciencias implícitas.

Esta actividad iterativa de pensar, prever, actuar, y valorar el resultado, mejora la competitividad del grupo y le permite supervivir en muy diferentes entornos sin cambiar apenas el físico. El proceso está ya bastante estudiado aunque con distintos enfoques.

Mis largos párrafos anteriores tratan de resaltar que la conciencia surge como un medio para mejorar la capacidad de supervivencia. Y que la interrelación con el entorno ha ido aumentando y mejorando la capacidad operativa de las conciencias más evolucionadas, que es nuestro caso.

Me hago ahora la pregunta sobre cómo aparecieron las normas que sirven de base a los juicios de las conciencias morales. Y creo que con mis ideas y todo lo anterior ya podemos tener una respuesta aceptable: aparecieron a partir del mandato inicial de intentar supervivir. Y a esta norma básica se fueron añadiendo las normas parciales, a medida que cada especie o colectivo iba asumiendo aquellos comportamientos de sus individuos o grupos que favorecían su pervivencia. Estas son las normas implícitas que están *impresas* en cada individuo y que usa su conciencia moral para formar juicios. Y que a lo largo del tiempo han sido convertidas, con mayor o menor amplitud y acierto, en normas explícitas por los traductores grupales: padres de familia, jefes de clan, chamanes, reyes, jefes religiosos, legisladores, dictadores, el pueblo,...

En todo este proceso ha estado y está operando implícitamente, en el fondo de cada conciencia, el imperativo vital de supervivencia. Y se ha traducido, mejor o peor, en

mandatos implícitos y explícitos de supervivencia, individuales y grupales. Para grupos cada vez mayores (familia, banda, clan, tribu, nación,...), a medida que se han ido formando y conociendo. Falta ahora explicitarlo y asumirlo para toda la especie.

Conciencia moral y altruismo

Supervivir es el objetivo. Y en las especies sociales, *el mejor y más eficaz* medio para ello es el altruismo grupal amplio.

Escolio: algunas veces he pensado si la división de los seres unicelulares para crear otro ser unicelular es también un acto altruista, ya que el ser que existe dona la mitad de sí mismo a otro ser nuevo. Pero esa es otra cuestión a pensar. Fin del escolio.

Lo que está claro es que las distintas especies de seres vivos han utilizado diferentes estrategias y métodos para intentar supervivir. Estrategias que, en general, han sido insuficientes, lentas, o erróneas para adaptarse a los cambios de su entorno. Parece que los dos millones de especies conocidas, y las más del doble desconocidas que existen actualmente, representamos menos del 2% de las que han existido en toda la historia de la vida en nuestra Tierra.

Estas estrategias de supervivencia son ya muy conocidas para muchas especies. Y existen multitud de estudios y tratados sobre las diversas teorías de la evolución darwiniana. Como es sabido, las ideas más difundidas a partir de *El origen de las especies* fueron que la evolución se produce por el dominio y supervivencia de los más aptos. Y que este dominio se consigue mediante la competencia y la lucha entre individuos de la misma especie. Y de individuos y grupos de cada especie con los de otras competidoras. Es decir, que la principal estrategia de la evolución es la lucha de unos con otros, hasta la muerte en muchos casos. Y así sigue siendo hoy en casi todas las especies. La competencia y la lucha por la supervivencia individual y grupal hacen funcionar la cadena alimenticia y reproductora. Y mejora las capacidades de los individuos, grupos y especies que la practican.

Y cada especie ha ido incorporando a su repertorio de normas aquello que iba considerando bueno/mejor para su objetivo de supervivir. Estas normas pueden ser muy variables, o poco, en función de los cambios del entorno: alimentos, especies competidoras, etc. Hay especies que funcionan con normas instintivas elementales y otras que han tenido que desarrollar normas diferentes para diferentes tiempos o para distintos grupos de la misma especie con hábitats distintos. En otros casos ante cambios del entorno, o para conquistar nichos, se crean nuevas especies con rasgos físicos y culturales adaptados al nuevo entorno. Es el caso de las hormigas de las que parece existen más de 15.000 especies, desarrolladas a

lo largo de sus 120 millones de años de existencia.

En las especies animales *sociales superiores* (delfines, ballenas, felinos, cánidos, primates,...) las normas de comportamiento son más complejas y se traducen en unas ciertas *conciencias*, además de las rutinas instintivas que siguen siendo las más importantes pautas de reacción. Las normas de estas *conciencias* siguen considerando bueno y malo lo que las especies y grupos han ido calificando como bueno y malo y han incluido en las normas heredables y en la conducta cultural. Un león considera bueno pelear a muerte, con o sin ayuda, con el macho alfa de una manada para quedar él como dominante. Y si lo consigue, toda la manada espera que mate a los hijos del anterior jefe para que las leonas tengan hijos suyos. Son muy conocidos estos casos pero lo recuerdo para que tengamos en cuenta qué tienen como normas, y cómo funcionan, las *conciencias* de los animales más parecidos al hombre. *Escolio: Estos comportamientos, y otros similares, parece que también fueron “buenos” en algunos clanes humanos. ¿Lo son aún?*

Pero muchas de estas especies sociales practican *también* el altruismo como la mejor estrategia de cohesión y reforzamiento del grupo. Para cuidar a los hijos, para cazar, para defenderse, para atacar a otros grupos o a otras especies....Y está ya también aceptado que el altruismo grupal, en sus distintas formas, es la mejor estrategia para convivir y prosperar y para dominar a otros grupos. Y por tanto es la mejor y *más eficaz estrategia para supervivir*. Lo dijo Darwin en su “Origen del hombre” doce años después de “El origen de las especies”. Sin embargo esta idea fue poco conocida porque a los evolucionistas les gustaba más y era más vendedora la idea de la competencia y la lucha. Han sido muy pocos los que hablan del altruismo. Y los que lo hacen incurren en el reduccionismo de considerarlo parcialmente: el instintivo, el recíproco... O lo que es peor, considerando el altruismo como un medio para la supervivencia genética, o individual, lo que origina una enorme confusión de ideas.

En un concepto amplio, debe considerarse altruista cualquier acción o norma que suponga dar algo a otro u otros. Este dar, sea instintivo (hormigas, abejas) recíproco (lobos, primates), o humano en sus muchas variantes, facilita la convivencia del grupo y aumenta su coherencia, su fuerza y su capacidad de mejora tanto física como cultural.

En el caso del hombre, la conciencia moral basada en el altruismo, junto con la inteligencia y el lenguaje, ha permitido y potenciado el desarrollo de grupos sociales cada vez más eficientes y eficaces que, con la extraordinaria libertad de nuestra especie, han propiciado la enorme capacidad de dominio sobre el resto de especies y el entorno en un tiempo mínimo. El problema es que, hasta ahora, el altruismo es grupal (naciones, bloques, civilizaciones, religiones...). Y sigue coexistiendo con la competencia entre grupos propia de la selección

natural. Y aunque en la conciencia moral de cada individuo existe *implícito* el imperativo vital universal y el altruismo común y heredado de la especie, estos principios tienen *superpuestas* las normas *egoístas* de la supervivencia individual y de las normas grupales heredadas y adquiridas. Y cada individuo y grupo debe tener también en cuenta las normas, mandamientos o leyes *explícitas* de los distintos grupos a que pertenece: familia, colectivo, región, nación, religión,...

Con todo ello, es importante y urgente que el *principio ético universal de la especie*, implícito en la conciencia moral individual, sea explicitado. Para que se haga universal y común la idea de una humanidad fraterna con un objetivo vital común: la supervivencia. Y con una estrategia explícita también común: el altruismo amplio que facilite la convivencia y el bienestar. Y que, con ello, mejore la capacidad de supervivencia de la especie.

Los seres humanos individuales serán, seremos, más felices, si los objetivos y medios básicos *explícitos* de sus grupos, coinciden con el imperativo vital y el altruismo, *implícitos* en la base de nuestras conciencias. Eso lo saben bien los sabios y los santos, religiosos o laicos, que en el mundo son y han sido. Al menos desde Aristóteles, aunque no conocían mis ideas básicas.

Y me parece necesario citar al profesor Álvarez Munárriz, quien en la Introducción a su excelente y completo trabajo sobre “Categorías Clave de la Antropología” (2015,14), dice: “*Los miembros de la especie Homo sapiens no solamente estamos relacionados ecológicamente sino que también somos humana y culturalmente interdependientes. La amenaza del colapso ecológico pero también la miseria y el hambre que azotan vastas zonas del planeta nos está obligando a concienciarnos de esta imbricación. Emerge lentamente la conciencia de la necesidad de cooperar y hacer todo lo que esté en nuestras manos para evitar un destino trágico para la humanidad. En este proyecto todos estamos preocupados, como personas individuales y también como científicos*”.

Para terminar, recuerdo a un sargento que explicaba a sus reclutas la ley de la gravedad y les decía: “*Las cosas se caen por la ley de la gravedad del señor Newton*”. Y seguía: “... *y si no hubiera ley de la gravedad, las cosas se caerían por su propio peso*”. La humanidad como especie seguirá intentando supervivir prioritariamente aun cuando no tenga conciencia explícita de ello. Con el altruismo amplio como método principal. Aunque lo siga haciendo por grupos y colectivos cada vez más amplios. Hasta que esos grupos y sus dirigentes actúen racionalmente como partes de una misma Humanidad fraterna.

Con la asunción de las ideas básicas y de esta idea de humanidad, la *conciencia moral humana*, que “*emerge lentamente*”, sabrá, cada vez más y mejor, lo que tiene/tenemos que

hacer.

Bibliografía:

- Álvarez Munárriz, Luis (2005). *La conciencia humana: perspectiva cultural*, Rubí, Anthropos.
- (2015) *Categorías Clave de la Antropología*, Sevilla, Signatura Demos.
- Arana Cañedo- Argüelles, Juan (2015) *La conciencia inexplicada*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Corral Lope, José (2015) *Supervivir. Ideas para una ética universal*, Madrid, Letras de Autor.
- (2016) *Supervivir amando. Un principio ético universal*. Madrid, Letras de Autor.
- Damasio, Antonio (2010) *Y el cerebro creó al hombre*, Barcelona, Booket.
- Darwin, Charles (2009) *El origen del hombre*, Madrid, Edaf, 9ª edición.
- Dawkins, Richard (2002) *El gen egoísta*, Barcelona, Salvat.
- Dobzhansky, Theodosius y otros (2009) *Evolución*, Barcelona, Ediciones Omega.
- Gould Stephen Jay (2004). *La estructura de la teoría de la evolución*, Barcelona, Tusquets.
- Kant, Emmanuel (1941) *Filosofía de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2005) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos.
- (1977) Koprotkin, Piotr, *Ética*, Barcelona, Libros Dogal.
- Ladaria, Luis F. (2011) *Antropología Teológica*, Pamplona, Verbo Divino.
- Lorenz, Konrad (1979) *La otra cara del espejo*, Esplugas de Llobregat, Plaza y Janés.
- Mayr, Ernst (2016) *Así es la biología*, Barcelona, Penguin Random House.
- Ortega y Gasset, José (1961) *Obras completas. Volumen VII*, Madrid, Revista de Occidente.
- Ratzinger, Joseph (2011) *La unidad de las naciones*, Madrid, Ediciones Cristiandad.
- Ruse, Michael (2007) *¿Puede un darwinista ser cristiano?*, Madrid, Siglo XXI.
- Trigo, Tomás (ed) (2010) *En busca de una ética universal: un nuevo modo de ver la ley natural. Documento de la Comisión Teológica Internacional y comentarios*. Pamplona, EUNSA.
- Waal, Frans de, (2007) *Primates y filósofos*, Barcelona, Paidós.
- Wilson, Edward O. (2012) *La conquista social de la tierra*, Barcelona, Debate.